

polémico de la presente monografía. Trata de la cuestión muy debatida en los últimos años sobre posibles sentidos políticos de algunas obras calderonianas. Se concentra en obras como *La selva confusa, Amor, honor y poder* y algunas fiestas cortesanas como *El mayor encanto, amor o Los tres mayores prodigios*. Sobre todo en la crítica anglosajona se ha defendido la interpretación de posibles sentidos políticos en dichas obras. El autor estudia estos trabajos —entre los cuales destacan las contribuciones de Frederick A. de Armas y Margaret Greer— y las obras calderonianas en cuestión muy detenidamente, pero llega a conclusiones contrarias. Por varias razones defiende que es imposible ver mensajes políticos explícitos en las obras citadas. Justifica su conclusión con varios argumentos. Destacan dos: Por una lado, la supuesta improbabilidad de que un autor de la corte que goza muchos privilegios de la misma la critique a través de sus obras, muchas de las cuales fueron escritas por encargo, y, por otro, la ausencia de pruebas que documenten que el autor haya estado en desacuerdo con la política contemporánea o que documenten que el público contemporáneo haya percibido la presencia de contenidos políticos en dichas obras. Con todo, no quiero seguir el debate en el formato de una reseña, pero sí quisiera subrayar que se trata de un debate abierto sobre el que los calderonistas seguirán pronunciándose.

Cierra la monografía un capítulo dedicado a la representación. «Texto y representación» es básicamente un estudio extendido de la comedia *Las manos blancas no ofenden*, obra cómica que, como tantas otras de su género, ha sido poco atendida por la crítica. Fernández Mosquera analiza la construcción de la obra, el doble disfraz (mujer vestida de varón y hombre vestido de mujer) y el recurso del teatro dentro del teatro. Destaca la brillantez de la construcción de la obra, la antítesis entre los dos disfraces, sin embargo propone no ver una exagerada modernidad ideológica en dicha obra. Fernández Mosquera subraya su modernidad en cuanto

a su construcción literaria pero no opina que puedan encontrarse valores ideológicos modernos, como el feminismo, en el tratamiento que le da Calderón al papel de la mujer en *Las manos blancas no ofenden*.

La presente monografía es en gran medida una recopilación de textos anteriores del autor, a los que sin embargo se añaden algunas partes sin publicar. A pesar de este carácter recopilatorio, Santiago Fernández Mosquera logra darle a su libro una lógica expositiva convincente que pasa de la vindicación del texto, por algunos aspectos de la escritura y la interpretación, para terminar con algunas consideraciones acerca de la representación. La monografía se ocupa, pues, de algunos de los temas más importantes de los estudios calderonianos actuales y articula, sin lugar a dudas, la posición de una parte considerable de los calderonistas españoles frente a algunos temas controvertidos, como la interpretación de posibles sentidos políticos en sus comedias o la importancia de la ecdótica para un autor teatral. Por tanto, el libro no solo ofrece contundentes y convincentes análisis de algunos aspectos importantes de la obra calderoniana, sino que también puede leerse como una defensa del punto de vista del calderonismo de raigambre más bien española. Este aspecto podría ser de interés especial para un lector de otros ámbitos académicos que todavía no ha tenido la ocasión de familiarizarse con esta corriente de la crítica. Con todo, es una monografía cuya lectura es muy recomendable.

SIMON KROLL

DURÁN LÓPEZ, Fernando. *Versiones de un exilio. Los traductores españoles de la casa Ackermann (Londres, 1823-1830)*. Madrid: Escolar y Mayo editores, 2015, 217 pp.

Este libro puede leerse de muchas formas, entre ellas, como un capítulo en la his-

toria de la traducción, un capítulo con una mirada transnacional que implica a Hispanoamérica, al Reino Unido y a España, con los exiliados como protagonistas en tanto que mediadores culturales y creadores de opinión.

El libro explora las relaciones entre cultura y mercado, los aspectos económicos del exilio basados en la colaboración entre diferentes ámbitos de trabajo e individuos: los hombres de letras asalariados y contratados, que se dedican básicamente a traducir, resumir, adaptar; el empresario Rudolph Ackermann, que concibe la cultura como una mercancía, y el diplomático ecuatoriano Vicente Rocafuerte, pagador ocasional con intenciones políticas que propone trabajos literarios de propaganda. Todos conciben una fábrica de cultura, con autorías colectivas en momento de exaltación de la autenticidad y la originalidad románticas, dirigida a difundir sus resultados culturales e ideológicos en el mercado hispanoamericano. Son, por tanto, varios los aspectos que explora el libro: desde la aculturación al introducir modelos británicos en la América hispana, a la adaptación de la cultura a diferentes mundos morales, sin olvidar la consideración de la cultura como negocio.

Con prosa clara y concisa, Fernando Durán ha dividido su trabajo en varias secciones. Tras reflexionar sobre el exilio español y la literatura que en él se hizo (ya «desde», ya «en» él), pasa a estudiar las figuras que intervinieron en un proyecto que, a la postre, fracasó desde el punto de vista económico: el empresario sajón instalado en Londres, el amigo americano, y los colaboradores españoles: principalmente Blanco White, José Joaquín de Mora, Pablo de Mendibíl y José de Urcullu. A continuación se referencia el trabajo por ellos realizado en esos años, en periódicos, catecismos sobre diferentes materias —que es lo que tuvo mejor salida—; en los famosos *No me olvides* de Mora y Mendibíl, a imitación de los alemanes, pasados por los *Forget me not* ingleses, que consistían en pequeños libros con poemas y relatos, muy bien ilustrados y

con cuidada tipografía, que se regalaban por año nuevo. Este producto era ejemplo de cómo la literatura se había convertido en objeto de consumo. A estas producciones hay que añadir las traducciones de poesía; las de novelas de Walter Scott, que significaron la introducción del relato histórico en la cultura española; y otras de obras de entretenimiento, como historias de fantasmas, y de carácter didáctico dirigidas a las jóvenes y a las familias, que a veces no eran traducciones, sino obra propia presentada como «anónima» y escrita por mujer, del tipo de las *Cartas sobre la educación del bello sexo* y la *Gimnástica del bello sexo o ensayos sobre la educación física de las jóvenes*, de José Joaquín de Mora. A estos hay que añadir trabajos de asunto hispanoamericano, como las *Memorias de la revolución de Méjico*, la *Historia antigua de Méjico* y el *Resumen histórico de la revolución de los estados unidos mejicanos*. Estos textos sobre historia y política americana no iban solo dirigidos al lector del otro lado del Atlántico, sino que se miraba también a Europa y, dentro de ella, a España, como en el caso del *Resumen*, realizado por Mendibíl sobre un farragoso y parcial texto previo de Carlos María Bustamante.

Esta sección del proyecto editorial tenía a unir, desde la nueva situación, los puentes y lazos rotos entre España e Hispanoamérica tras los procesos independentistas. Por un lado, se dotaba de identidad a las repúblicas nacientes y se acataba su libertad, y, por otro, los expatriados españoles fijaban un relato de carácter liberal que buscaba el consenso de las dos orillas, sin que la Metrópoli saliera muy mal parada. Son significativos de estas tensiones los esfuerzos que Pablo de Mendibíl hace en su introducción al *Resumen histórico de la revolución de los estados unidos mejicanos* para defender su patriotismo y al mismo tiempo aceptar la independencia de los territorios americanos.

El balance de la actividad llevada a cabo por la casa Ackermann en relación a Hispanoamérica se hace en la última parte del li-

bro. Ya se adelantó que el empresario no consiguió los beneficios que esperaba, en parte por juzgar erróneamente la capacidad y el tamaño del mercado en el naciente Cono Sur. Él y otros se lanzaron a algo para lo que aún no estaban preparadas las repúblicas americanas y abandonaron el mercado editorial trasatlántico poco antes de que ese espacio se transformara y ofreciera sus beneficios a los franceses, que aprovecharon unas condiciones económicas y culturales consolidadas. Pero si Ackermann fracasó en lo económico, no sucedió así en lo ideológico y cultural. El plan de publicaciones llevado adelante promocionó los modelos y gustos británicos en América del Sur, frente a los franceses.

Pero quizás fue más importante otro resultado: la creación del llamado por Jaime Rodríguez «Hispanoamericanismo», una formulación nueva, a la poste efímera, de las relaciones, identidades y caracteres de los pueblos hispánicos situados a ambos lados del Atlántico. Esta reformulación la llevaron a cabo los emigrados colaboradores en el proyecto (como se ha visto en el caso de Mendibil y México), que hicieron depender su propia suerte de la del desarrollo americano, vinculado a los modelos británicos promocionados. Se trataba, y fue el sueño de una generación, de ver la América española como la patria propia y común, que continuaría la tradición liberal española. Algunos de los que así pensaban, españoles y americanos, trabajaron en América, en España y en otros lugares de Europa, y a ellos se unieron los exiliados. Los libros publicados por la casa Ackermann son en parte el reflejo cultural de este pensamiento y de la convergencia señalada. Los libros se publicaban en inglés y español, en los periódicos de Ackermann se reproducían muchas noticias sobre América, se traducían obras, etc.; es decir, se creaba una nueva comunidad trasatlántica de hispanohablantes. Pero es cierto que era demasiado pronto para que esa comunidad tuviera unidad de criterios, enfrentados como estaban los discursos. La consecuencia, como señala Durán López, fue la dispersión de sus

artífices y su concentración en intereses nacionales.

Aborda también el autor el problema de la cuestión religiosa. Ackermann publicó libros contra el ateísmo y el indiferentismo, nociones que se identificaban con el enciclopedismo francés y con la irreligiosidad que acompañaba a los liberales españoles, y no adoptó una postura anticatólica en el mercado hispanoamericano. El resultado fue la proyección de un cristianismo latitudinario que postuló la base cristiana de la educación y omitió puntos teológicos controvertidos. Los españoles que, como Joaquín Lorenzo Villanueva, escribieron sobre religión se encontraron además con el problema del tolerantismo, introducido por las Cortes en 1810, pero no adoptado por la generalidad, y abogaron por la reforma de la Iglesia. Es decir, la emigración les puso ante un campo de experiencias nuevo, tanto en lo personal como en lo profesional, y las respuestas fueron tantas como individuos.

Para terminar, una de esas experiencias a que se enfrentaron los expatriados fue estética, se enfrentaron al Romanticismo. Fernando Durán dedica unas suculentas páginas a mostrar el carácter y el limitado influjo en España de su experiencia con el nuevo movimiento, desmontando el discurso tradicional sobre los orígenes del Romanticismo en España, como en parte ya empezaron a hacer Juan Luis Alborg y Derek Flitter, entre otros. La gran mayoría de los emigrados, además, no participó de esa escuela, aunque aceptaran algunos de los que han pasado a considerarse sus ingredientes, como Pablo de Mendibil y Mora, partidarios del historicismo, y lejos ambos de la «secta romancista». Pero lo mismo le sucedía a José Marchena, que no estaba en este grupo de emigrados, según desgrana en el «Discurso preliminar» a las *Lecciones de Filosofía Moral y Eloquencia*.

Decía al comienzo que este libro puede leerse de muchas maneras. Ya se ha visto, por la breve enumeración de algunos de los aspectos que trata, la cantidad de aproximacio-

nes que tiene a la actividad de los emigrados y las perspectivas que abre para renovar el estudio de diferentes materias: desde la construcción de la historia literaria a la de los mercados culturales, pasando por cuestiones de creación, aculturación y recepción de modelos, aspectos económicos y la dimensión personal del fenómeno de la emigración. José Joaquín de Mora escribió: «Tienen los españoles un instinto / de exclusión, una sed de intolerancia, / que da lástima». Este libro es también una lectura comprensiva de los resultados que produce ese instinto lamentable.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS

CHECA BELTRÁN, José (ed.). *La cultura española en la Europa romántica*. Madrid: Visor Libros, 2015, 290 pp.

Por largos decenios la crítica y la historiografía literarias subestimaron la presencia y la recepción de la España moderna en la cultura europea de los siglos XVIII y XIX, como asimismo su legado en el campo literario y cultural. El volumen colectivo que estamos reseñando, impecablemente editado por el destacado dieciochista Checa Beltrán (CSIC), prosigue la línea de investigación ya abordada por el editor en otro apreciable texto dedicado a la Ilustración, *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada* (2012). La docena de estudios que componen el volumen, en efecto, se complementan y «completan cronológicamente» —como explica Checa— con el precedente, afrontando desde diversas perspectivas y metodologías la imagen —o mejor dicho las imágenes— que España suscitó entre los europeos en época romántica, así como los múltiples canales y procesos de recepción que exhibe el período. Este preciado texto, que se abre con una introducción en la que se contextualiza el campo de la investigación y se presentan brevemente los diversos estudios, se halla orientado a examinar y valorar de modo más

acabado la presencia y la recepción de España y su cultura en la Europa de la primera mitad del XIX, atendiendo a la superación de concepciones que o bien menoscabaron o bien idealizaron la cultura hispánica en el imaginario europeo por largos decenios.

Del conjunto de trabajos que componen el texto, 4 se hallan dedicados a Francia, 3 a Inglaterra, 2 a Alemania y tan sólo 1 a la cultura italiana, mientras que los dos restantes artículos, referidos a la presencia de la lírica española en las antologías extranjeras y a las aportaciones del exilio español liberal en la Europa decimonónica, exhiben un marco geográfico más amplio y abarcador. El volumen se abre con un estimable artículo de Le Guellec, quien —a través del análisis de algunas publicaciones significativas del período— estudia la definición del imaginario español en la cultura francesa, reflexionando sobre los variados estereotipos asociados al carácter español que fueron moldeando la mentalidad de los franceses en los años de entresiglos (1793-1813), años cruciales en el proceso de configuración del concepto de «nación». En el siguiente estudio Bittoun-Debruyne se ocupa del *Voyage* de Alexandre Laborde, poniendo de realce cómo en el texto del arqueólogo y diplomático francés, España se halla alejada tanto de los prejuicios del siglo XVIII como de los clichés del romanticismo. La autora resalta las novedades presentes en el texto, por lo que ataña a la construcción del imaginario español, destacando el propósito del político francés en superar estereotipos ampliamente asentados entre sus compatriotas. El tercer estudio indaga la recepción de la literatura española en la prensa francesa del primer cuarto del XIX. Para ello Checa Beltrán examina con perspicacia los juicios de valor y la recepción del legado cultural hispánico en algunos periódicos franceses del período. En dicho itinerario el autor observa que las múltiples lecturas que exhibe la prensa gala se hallan condicionadas por tres factores cruciales: el *nacionalismo*, la *ideología* —con el trasfondo de los vaivenes en las relaciones diplo-